

“generalizaciones a alto nivel” que, en muchas ocasiones —aunque no en todos los casos —remiten a una base empírica. Tales las nociones-eje de “enajenación”, de “praxis”, trabajo, etc.

5) Pasa McBride a discutir esta “generalización descriptiva” (cap. V): lucha de clases, carácter bi-polar de esta lucha en la sociedad moderna; influencia, fundamental aunque no siempre decisiva, de factores económicos en el desarrollo de la historia. A las objeciones que se dirigen a Marx en estos varios casos consideremos la noción de “clase”; ciertamente Marx la usa menos de lo que suelen decir sus amigos y enemigos. Para la sociedad contemporánea el uso de la palabra “clases” es, al parecer de McBride, adecuada. Por lo demás debe recordarse que Marx habla de otras clases o subclases, como la pequeña burguesía y el *Lumpenproletariat*. También es cierto que Marx a veces usa, en la sociedad occidental, tres nociones de clase: —capitalistas, asalariados y terratenientes—. La verdad es que Marx no define bien su noción de clase —lo intenta en uno pocos párrafos inacabados al final del volumen III de *El Capital*—. Así, esta noción se presta a ambigüedades. Un caso de ambigüedad: los varios tipos de agrupaciones humanas que Marx incluye dentro de una rúbrica tal vez demasiado general de “proletariado”. Con todo, la noción de clase es eficaz. Marx, como filósofo de la sociedad y de la historia, tiene que generalizar.

En cuanto a las predicciones que hace Marx en relación a la sociedad futura, son escasas. Es éste acaso el punto más débil y menos verificable de toda la filosofía marxista. Sin embargo, y a pesar de la casi ausencia de bases empíricas, McBride piensa que Marx lleva a cabo, al hablar del futuro, una serie de especu-

laciones interesantes, y de extrapolaciones que pueden serle más bien políticamente y vitalmente útiles que necesariamente ciertas.

El último capítulo de *The Philosophy of Marx* se refiere a otros marxismos, Ernst Bloch, Benjamin, Adorno y, sobre todo, Lenin Lukács, Gramsci, Sartre, los yugoeslavos (Petrovic, Markovic, Stojanovic) y Althusser, con quien McBride no concuerda porque si bien existe una evolución en el pensamiento de Marx, no es necesario suponer, de una época a otra, “rupturas epistemológicas”.

Escrito con simpatía hacia Marx, este libro algunas veces crítico— es claro y preciso en los análisis dentro de la relativa brevedad de la obra.

RAMÓN XIRAU

Plato's Progress, por Gilbert Ryle.
Cambridge. At the University
Press. 1966.

Si tomamos en cuenta la labor principal del eminente profesor Gilbert Ryle, uno de los más notables filósofos en el campo de la filosofía analítica, de la metodología y la lógica modernas, este amplio y documentado estudio debe considerarse, a mi juicio, como un excursus a un campo que no es al que ha dedicado la máxima atención y el esfuerzo profesional, diría yo, de su vida. El destacar este hecho no tiene, en manera alguna, la intención de debilitar de antemano y *a priori* las tesis y conclusiones histórico-filosóficas que ahí sustenta. Porque, por una parte, la búsqueda de apoyo, así sea mínima, en los textos y los autores y, por otra, una interpretación coherente y verosímil de ellas son fundamentos filológico-filosóficos sólidos, si

no determinantes y definitivos, para demostrar los asertos que sostiene.

Me imagino que pocos libros en el campo de la filología filosófica habrán suscitado las discusiones y controversias que el presente —yo, por desgracia y debido a varias razones, no he escuchado el eco que este libro, por sus tesis tan originales y discrepantes de lo tradicional, debe seguramente de haber producido entre los filólogos profesionales, y yo me permitiría añadir, ortodoxos, dedicados a la filosofía clásica griega y a su figura central, Platón. Sin lugar a dudas es un libro interesante y sugestivo al máximo, cuyas tesis deberán, en mi opinión, ser consideradas como alternativas válidas y verosímiles respecto a los hechos de que trata. Personalmente, yo me inclino, en lo general, a aceptar sus puntos de vista, porque tengo la impresión de que en este, como en otros casos semejantes —creo que el más notable sigue siendo el de la reinterpretación de Aristóteles por Jaeger—, lo más obvio, natural y aceptado puede ser producto del peso de la tradición, de la rutina, de una posible falta de crítica y reflexión, del contentarse con lo supuestamente resuelto como definitivo. ¿Qué sería de nuestra visión de Aristóteles y de nuestro conocimiento de sus verdaderas obras y doctrinas, si siguiéramos en la tradición escolástica? En síntesis, esta obra de Ryle debe tenerse como un intento fundado y sólido, repito, de reconstruir ciertos hechos e introducir otros en contra de la posición tradicional y común.

Quizá el lector de esta nota se extrañe un poco de que apenas en 1977 se la redactó, cuando la obra apareció hace 11 años en 1966. Aunque en parte podría aducirse como razón de esto que *Diánoia*, publicación anual, dispone de breve espacio para la reseña de libros,

sin embargo, la verdadera razón es que sólo hasta hace poco me he ocupado del tema sobre la evolución del pensamiento platónico. En concreto, fue a principios de 1975 cuando, por sugerencia y bajo la orientación amable y solícita de uno de los más grandes filólogos actuales, Kurt von Fritz, empecé a estudiar trabajar y reunir materiales sobre el tema de *la evolución de la teoría de las ideas*. Casi nada hay escrito específicamente acerca del tema, y no tanto acerca del tema concreto, sino en general sobre el problema del desarrollo, evolución y marcha del pensamiento platónico. Como aquel tema concreto debía encuadrarse en alguna forma en este general, el libro de Ryle fue incluido, naturalmente, en la bibliografía inmediata.

Habiéndome ocupado de temas de la gnoseología platónica (*cf.* los Nos. 18 y 20 de *Diánoia*) y analizando en mis seminarios diversos diálogos platónicos, relacionados con la teoría de las ideas y la gnoseología en general, me entusiasmó la sugerencia del maestro von Fritz y más su desinteresada ayuda. La razón de ello es que en la perspectiva actual de la historia de la filosofía ningún pensador ni pensamiento alguno se consideran ya como aislados de la marcha del tiempo y ajenos al desarrollo psico-biológico. Esto *a priori*. *A posteriori*, poco a poco los investigadores han ido descubriendo ciertas variantes en las doctrinas platónicas y modificaciones en el método y la actitud. Según esto, Platón ya no es el caso de un pensador que desde su primera manifestación filosófica haya sentado todas sus tesis, por lo menos en embrión y en su núcleo esencial, a manera de programa o esbozo definido y completo, que después sólo realizaría concretamente o redactaría en la última forma. Ni siquiera podríamos ya, repito, acerca de la doctrina considerada co-

mo central y esencial, la teoría de las ideas, hablar de que la sostuvo en forma igual, constante, plena, definitiva, etc. Es manifiesto, además, que en sus diálogos no todas las doctrinas están presentes desde un principio. Y es un hecho—imposible de negar históricamente— que no todos los diálogos fueron escritos al mismo tiempo y de una vez, en un lapso cerrado de tiempo, diríamos.

Por todo lo anterior considero que el ensayo del profesor Ryle es una aportación de gran valor y originalidad al tema de la evolución del pensamiento platónico, de la marcha, avance o “progreso” de su reflexión filosófica, que tendía al logro de la más completa realización y manifestación de sus ideas, tanto en el fondo como en la forma.

El libro que describimos se compone de siete capítulos. El primero es una especie de introducción, donde se tratan muy brevemente las relaciones entre Aristóteles y Platón, se plantean problemas diversos sobre este último y, en una conclusión, se esbozan las soluciones a los problemas planteados, en general. Pero, sobre todo, este primer capítulo es como una síntesis de la temática y problemática de todo el libro, que en los capítulos siguientes se discutirá y desarrollará en detalle, siguiendo de cerca los textos, las circunstancias, los hechos. El capítulo segundo se ocupa de lo que el autor llama *la publicación de los diálogos*; el tercero, del tema Platón y Sicilia; el cuarto, de la historia de la dialéctica, desde Zenón hasta Aristóteles; el quinto desarrolla el punto crucial, es decir, *La crisis*; el sexto tiene como tema *La desaparición del diálogo erístico*; el séptimo y último, el más extenso de todos, se ocupa críticamente del problema tan debatido y difícil sobre la cronología de los diálogos, proponiendo un orden de los mismos.

El punto central —y creo que de partida en la investigación del autor— es lo que él llama “la crisis”. Esta tuvo lugar en un momento de la vida de Platón, marcado por un suceso de gran trascendencia: según Ryle fue algo que produjo como un hiato o ruptura en la marcha del pensamiento platónico hacia una dirección determinada, impuesta, diría yo, por una dinámica interna. Tal suceso fue *un juicio y una condenación*, con el correspondiente castigo, contra Platón mismo, los cuales en cierta forma se hallan velados en los diálogos platónicos tras el juicio y la sentencia contra Sócrates y sobre los cuales “calla la historia”, como dice el autor, es decir, no dice nada expresa y directamente. Ese juicio se habría llevado contra Platón por difamación de altas personalidades de la esfera política, sobre todo, y de la cultural. De hecho, Ryle descubre y nos pone ante los ojos una serie de referencias, un tanto veladas e indirectas, naturalmente, al hecho de la difamación, así como alusiones más lejanas al del juicio y castigo. De este acontecimiento derivaron varias consecuencias, que son hechos ya conocidos, aunque no puestos en relación con aquél: 1o. la desaparición del diálogo erístico; 2o. el hecho y/o la prohibición de no ejercitar en la dialéctica a los jóvenes menores de 30 años; 3o. la fundación misma de la Academia, en cuyo currículum ya no aparece la dialéctica; 4o. la transformación del método y diálogo socráticos —así como de la presencia misma de Sócrates— de interrogatorio o pregunta-respuesta, por el diálogo más bien de reflexión y exposición, más doctrinal que discursivo, donde el personaje Sócrates aparece mucho menos y, cuando aparece, ya no es el Sócrates dialéctico y erístico.

En una breve reseña como ésta no es posible entrar a fondo en la argumenta-

ción y documentación con que funda el autor esta tesis central. Sin embargo, yo considero como muy probable toda la situación que expone Ryle. Yo formularía mi opinión así: suponiendo que el estado de cosas sea como dice el autor, es decir, que el conjunto de circunstancias y hechos que presenta como necesitados de una determinada explicación, a saber, la del suceso que propone, entonces es correcta su afirmación. Naturalmente hay dificultades para admitirla, sobre todo la relativa a la cronología de los diálogos. Pero, siendo tan pocas las bases seguras para fijarla con certeza, tiene uno la impresión de que cada autor destaca ciertos aspectos que le sirven para fijarla en orden a sus propios fines. Pienso que si no se acepta la solución de Ryle, el estado de cosas en general resulta inexplicado.

La importancia concedida en el libro al acontecimiento del juicio y condenaación de Platón, decisivo según el autor para explicar su pensamiento, lo convierte en punto clave en torno al cual gira la investigación entera y con el cual se conectan todos los otros puntos aclarados o rectificadas por aquél. Como considero que una reseña de éstos puede servir de aliciente para la lectura del libro, me referiré brevemente a ellos.

El más importante me parece el relativo a la forma en que fueron conocidos o divulgados y publicados los diálogos. Según se sabe, para considerar como "publicada" una obra en aquella época, bastaba con que fuera leída ante un auditorio, lo cual aconteció tal vez con la mayor parte de los escritos aristotélicos, caracterizados ahora como "lecciones", que exponían una doctrina filosófica. Que éstas y las lecciones o cursos de Platón *Sobre el Bien y Sobre los Principios* —la llamada doctrina no escrita de Platón— hubieran sido "leídas", pa-

rece obvio; pero que los diálogos platónicos, como también los aristotélicos y de otros autores contemporáneos, fueran recitados y hasta dramatizados, inclusive presentados cual piezas de competencia, como las tragedias, en los diversos juegos de la Hélade, no es noticia muy difundida, pero sí muy digna de crédito.

No sólo de interés sino de verdadera importancia para aclarar las relaciones tanto personales como doctrinales entre Platón y Aristóteles considero el hecho de señalar la lejanía o distanciamiento entre maestro y discípulo, así como el carácter puramente teórico del trato entre ellos. Aquí puede añadirse el tópico de las influencias no platónicas sobre el pensamiento de Aristóteles y el hipotético viaje de éste a Sicilia, acompañando a Platón, de donde provendrían muchas noticias y conocimientos de Aristóteles en el campo de la zoología y botánica.

En suma, el libro de Ryle está lleno de sugerencias, aclaraciones y rectificaciones histórico-filosóficas, que será necesario tomar en cuenta, si se quieren explicar a fondo muchas cosas que apenas se vislumbran.

BERNABÉ NAVARRO

Cosas y personas, por Juan David García Bacca. Fondo de Cultura Económica. México — Caracas, 1977.

Uno de los aspectos que naturalmente, creo yo, buscamos en todo libro en el objetivo o la finalidad del mismo, sobre todo si se trata de uno filosófico o científico, pues siendo una obra humana que se presenta ante el mundo —se publica—, no podemos menos de preguntar-